

La regeneración de la democracia

En este complicado fin de siglo que nos ha tocado vivir parece comprobado que cuanto habíamos previsto concluye por ser desmentido por la realidad. Nos prometíamos un triunfo definitivo de la democracia al haber perdido ésta su contrincante comunista. Sin embargo, la similitud de los fenómenos de crisis política que se dan en latitudes muy diversas respecto de los regímenes democráticos nos confirma que no se trata de fenómenos inconexos, sino que están muy relacionados entre sí. Si, por las razones que mas adelante se señalarán, resulta quizá excesivo decir que hay una crisis de la democracia por lo menos hay que admitir que en todo el mundo parece existir un deseo creciente de reinventar, o por lo menos repensar, ese sistema político. Si procuramos trascender las pequeñas incidencias de la política española llegaremos sin duda a la conclusión de que así sucede también en ella.

Por supuesto la democracia misma no es puesta en consideración por nadie, al menos en teoría, en el momento presente: ahora mismo la única justificación que parece poderse admitir para los regímenes dictatoriales es constituir una especie de excepción tan sólo temporal, porque en este final de siglo la democracia es el único sistema político defendible en el terreno intelectual y moral. Esta

**JAVIER
TUSELL**

«Más que una crítica a las instituciones de la democracia y a su funcionamiento lo que hay en todo el mundo democrático es un profundo estado de perplejidad en las fuerzas políticas tradicionales.»



constatación resulta reconfortante porque hasta hace muy poco (quizá hasta 1985) muchas interpretaciones pretendían que la democracia, que siempre había sido el régimen político de una porción mínima de la Humanidad, estaba destinada a morir a manos de sus adversarios en un plazo corto de tiempo. Ahora hemos llegado a un consenso respecto de ella que ha sido excepcional. Hay que pensar que tan sólo en los países anglosajones había una coincidencia respecto de los fundamentos mismos del régimen político pues, por ejemplo, en los latinos las discrepancias han sido fundamentales a lo largo de la Historia contemporánea, de tal modo que sólo con carácter temporal se admitía un régimen de convivencia como marco circunstancial de convivencia. En Italia, por ejemplo, un comunista o un misino actuaban en el marco del régimen pero sus planteamientos de fondo eran radicalmente ajenos a él.

El consenso democrático no implica que exista coincidencia respecto del funcionamiento de las instituciones. Muv a menudo ésta no existe pero la discrepancia es relativamente pequeña: en Italia se desea un mayor grado de estabilidad gubernamental y en Francia se desea recortar la duración del mandato presidencial a tan sólo cinco años. En esto también hay diferencias claras hacia mejor con respecto al pasado. No hace tanto tiempo que, en Francia, por ejemplo, la Constitución de 1958 [^]ra cuestionada por la izquierda hasta el punto de que el Actual Presidente escribió contra ella un libro titulado «El golpe de Estado permanente». La verdad es que aquel texto constitucional parecía redactado a la medida de los intereses de De Gaulle... pero Mitterrand una vez Presidente se adaptó con todo entusiasmo a su contenido.

De todos los modos, más que una crítica a las instituciones de la democracia y a su funcionamiento, lo que hay en todo el mundo democrático es un profundo estado de perplejidad en las fuerzas políticas tradicionales. Por supuesto los partidos comunistas han sufrido graves descalabros en la totalidad del mundo, pero a los partidos socialistas les ha sucedido lo propio. La pregunta que recorre en estos momentos el mundo es erí qué consiste el socialismo o, para decirlo de un modo mas beligerante, si éste no habrá perdido radicalmente su razón de ser. Pero lo cierto es que la crisis no afecta tan sólo a la izquierda: la propia derecha francesa, [victoriosa y dotada de una abrumadora mayoría parlamentaria, no ha obtenido en las últimas elecciones más votos que en 1988, fecha en que perdió, y sus programas tampoco son muy precisos ni tampoco tan distintos de la izquierda. Hay, por tanto, un consenso en la democracia que se ve doblado por un estado de profunda perplejidad en las fuerzas políticas tradicionales.

El resultado ha solido ser la aparición de grupos políticos nuevos. De algunos de ellos se ha advertido su condición de neofascistas pero es dudoso que merezcan este calificativo: el propio Le Pen no cuestiona el sistema político francés en la actualidad vigente. En muchas de las mani-

«La pregunta que recorre en estos momentos el mundo es en qué consiste el socialismo o, para decirlo de un modo más beligerante, si éste no habrá perdido radicalmente su razón de ser.»



festaciones de supuesta extrema derecha no hay más que barbarie juvenil y urbana, más que el renacimiento de Hitler. Lo que sí se aprecia en la política europea de manera clara es un afán de experimentar con nuevas opciones políticas. Muchas de ellas (por ejemplo, parte de los ecologistas) carecen de una visión global, centrándose tan sólo en un aspecto; a menudo son, además, irresponsables en sus propuestas. Es posible que estos evidentes defectos concluyan por hacer efímeros a estos partidos, pero no cabe negarles una influencia indudable durante algún tiempo e incluso la introducción de nuevas temáticas, como las medioambientales.

Este hecho de la aparición de nuevas fuerzas políticas nos descubre un aspecto esencial de esta apremiante necesidad de repensamiento de la democracia que surge en todas las latitudes. El fenómeno más decisivo que se da en todas las latitudes es una sorda irritación contra la clase dirigente, contra toda ella, sea cual sea su significación, derechista o izquierdista. Si hay una tendencia a no acudir a las urnas y una consideración bajísima de la política como actividad es porque se piensa que los profesionales de la misma no están a la altura de las necesidades actuales. Es cierto que el nivel de exigencia se ha elevado: la mayor parte de los casos de corrupción para la financiación de los partidos eran conocidos, aunque no fueran denunciados y se procurara mirar a otra parte cuando alguien los mencionaba; la diferencia es que ya no son admitidos. Hoy se piensa que los políticos son poca cosa pero que, además, exigen mucho y muy injustificadamente para sí mismos.

Son poca cosa porque los partidos apenas tienen afiliados y los que existen ocupan cargos públicos. Su comportamiento es oligárquico en extremo y después de haberse desideologizado la política tienden a dividirse de modo infinito en camarillas que no tienen otra significación que la de una clientela personalista. La política se ha convertido en actividad para quienes carecen de una vida profesional brillante y quieren tener una cierta dimensión pública. Con ella se reciben privilegios, inmunidades y sueldos por encima de lo normal pero las preocupaciones y el lenguaje de los profesionales de la política están a años luz de los ciudadanos. A la política le falta savia nueva: en los últimos tiempos los únicos profesionales que han ingresado en ella tienen méritos tan improbables como el francés Bernad Tapie, cuya habilidad consiste en comprar empresas, echar obreros y venderlas más caras que las compró. Los defectos de los profesionales de la política son cada vez más evidentes, en un momento en que la vida pública no está sujeta a ese tipo de coordenadas obligadas en los tiempos de la guerra fría en donde un ataque a la clase dirigente podía ser considerado como una agresión a la democracia misma.

El panorama descrito puede parecer espeluznante y, sin duda, en muchos aspectos, lo es. Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que tiene una vertiente positiva. En otros tiempos podía existir la duda respecto del modo mediante el que se podría solucionar este problema. Hoy

«Lo que sí se aprecia en la política europea de manera clara es un afán de experimentar con nuevas opciones políticas.»



«Hoy se piensa que los políticos son poca cosa pero que, además, exigen mucho y muy injustificadamente para sí mismos.»



sabemos que la democracia no es sustituible por nada mejor, lo que hay que hacer es perfeccionarla. En teoría cualquier régimen democrático está, por su propia esencia, abierto a una transformación permanente. Lo cierto es, sin embargo, que a estas alturas de fin de siglo nos encontramos con un profundísimo anquilosamiento que hace imprescindible una regeneración de la Democracia de idéntica magnitud. En definitiva la tarea que ante sí tiene en el momento presente la Humanidad es crear una democracia nueva y a la altura de las necesidades existen-

tes. En el fondo se trata de llevar a la práctica una idea -la de la Democracia misma- que viene de lejos y que no se ha desarrollado de una manera completa. Hay, por tanto, que desarrollar todas sus potencialidades, como de hecho se está intentando en todo el mundo.

El punto de partida quizá está en la vuelta a los principios. No se trata de tratar de recuperar las ideologías, esos universos cerrados que crean unas anteojeras con las que pretender interpretar el mundo. Lo que, en cambio, resulta imprescindible es que los fundamentos de principio de la democracia estén robustamente instalados en la conciencia de todos. La democracia no puede ser considerada como el sistema peor de gobierno exceptuados todos los demás (Churchill) o aquel en que se puede derribar el gobierno por medios pacíficos (Popper). Esa concepción escéptica de la democracia es, desde luego, insuficiente como nos han demostrado aquellos que, como el presidente de la República Checa Vaclav Havel, han vivido bajo un régimen totalitario. En este marco de principios reviste especial importancia la exigencia de un nivel ético especialmente estricto. No sólo es necesaria la existencia de códigos de conducta sino, sobre todo, de transparencia en cada uno de los aspectos en que la vida privada se encuentra con la pública. El nivel de exigencia ha subido ya mucho pero todo hace pensar que el proceso va a continuar de tal modo que prácticas que hoy parecen reservadas a algunos países especialmente cuidadosos se extenderán a otros que lo son bastante menos.

Algo que parece cada vez más imprescindible es combatir las tendencias a la oligarquización que se da en la vida política y, en especial, en los partidos. En general ha de considerarse que la participación en la vida pública debe ser una preocupación de todos y la profesionalización en la política sólo puede ser temporal. El hecho más importante de las últimas elecciones presidenciales norteamericanas no fue la elección de Clinton, sino la decisión de una quincena de estados de limitar el número de los mandatos posibles de senadores, congresistas y gobernadores. Esto resulta imprescindible para evitar que los partidos (y lo mismo vale para los sindicatos) se conviertan en oligarquías encerradas en sí mismas. Por supuesto los partidos podrán seguir desempeñando un papel importante en el futuro, pero limitado (por ejemplo, no deberán poder cerrar y bloquear las listas de sus candidatos a puesto públicos), y es imaginable un tipo de política más laxa que la llevada a cabo por las oligarquías partidistas centrada, por ejemplo, en una personalidad o en

otro tipo de instituciones, como los clubs de debate y las formaciones circunstanciales, para acudir a una elección. Debe desaparecer de forma radical, como ya se ha votado en referéndum en Italia, la financiación pública de los partidos. Resulta imaginable una política en la que se desgraven las aportaciones a las campañas electorales en vez de que el propio Estado financie a los partidos mediante unas sumas nunca suficientes y, por lo que parece, necesitadas de todo tipo de trapacerías a título complementario. La política debe profesionalizarse en otro sentido por completo distinto a aquel que tiene esta expresión en el momento actual. No tiene sentido, por ejemplo, que las autoridades en materia cultural sean cambiadas de acuerdo con la rotación de partidos en el poder. Ya hay países como Francia en que es habitual, ante los problemas políticos más graves, constituir autoridades administrativas independientes y que nada tienen que ver con los partidos: existe, por ejemplo, una comisión nacional de Bioética. Cualquier experimento participativo debe ser considerado como positivo. En el momento actual existe ya la posibilidad de hacer consultas a todos los ciudadanos sobre las grandes cuestiones de, por ejemplo, la vida de una ciudad. De hecho un estudio de las decisiones tomadas por los presidentes de los Estados Unidos demuestra que lo han hecho mucho más por las encuestas de opinión que por los programas que suscribieron durante la campaña.

Una tercera realidad que es preciso tener muy en cuenta es el respeto por parte del ejecutivo de otras instancias diferentes: no sólo el parlamento sino también la judicatura, los medios de comunicación o incluso los medios intelectuales y universitarios, que son otros tantos poderes cada vez más autónomos. En vez de criticar su supuesto corporativismo los gobiernos debieran beneficiarse de la existencia de estos poderes y ellos mismos debieran ser capaces de alcanzar una respetabilidad generalizada por la trayectoria propia. En Francia, por ejemplo, el vértice del poder judicial está en manos del ejecutivo pero la televisión pública ha conquistado la independencia, una situación que es la contraria a la que se da en España. En lo que debieran concentrarse las autoridades gubernamentales debiera ser en aumentar la eficacia de su gestión y no en la limitación de esos poderes autónomos. Es necesario, en efecto, que ese valor de la eficacia, entendida en un sentido más amplio que el puramente tecnocrático, sea tomado más en serio por los profesionales de la política. En este terreno, como es lógico, hay posibles opciones distintas. Es muy probable que el modelo alemán sea mucho mejor que el parlamentarismo a la italiana o ese presidencialismo francés que es un tanto despótico e irresponsable al mismo tiempo y que el año pasado criticó muy agudamente Jean Francois Revel en un excelente libro suyo. De muchas otras posibles reformas en el modo de funcionamiento de la democracia se podría hacer mención. Lo que sobre todo interesa en esta panorámica es confirmar que este volver a pensar la democracia no es algo que

«La política se ha convertido en actividad para quienes carecen de una vida profesional brillante y quieren tener una cierta dimensión pública.»



«Algo que parece cada vez más imprescindible es combatir las tendencias a la oligarquización que se da en la vida política y, en especial, en los partidos.»



acontezca tan sólo en un país. En nuestra España las mismas cuestiones están sobre el tapete con algunos matices peculiares. Quizá en nuestro país se ha producido un brusco descenso del nivel de la vida pública desde la transición, mientras que los partidos políticos ven la corrupción sólo en el adversario y no en el propio campo y por ello la convierten en arma electoral en vez de tratar de resolver el problema de una forma global para todos. Nosotros nos enfrentamos, también, con un problema de concluir nuestro edificio constitucional en la cuestión de las autonomías. Pero quizá lo más característico de nuestra situación es la tardanza en enfrentarnos con este problema y la sensación de esclerosis, sin apenas novedades en el terreno político, con que nos hemos enfrentado a este proceso de cambio mundial. Una vez más parecemos ir a remolque de la Historia. Por eso, la sensación que a veces da la campaña electoral de que se desenvuelve en medio de una lucha agónica en torno a la corrupción resulta engañosa. En la práctica hemos tomado mucha menor conciencia que otros países de este grave problema de la necesidad de regenerar el sistema democrático. Cuando parece obvio que todos tienen mucho que reprocharse en esta materia seguimos haciendo del debate acerca de la corrupción el centro de nuestra vida política, cuando no es más que un indicio, con la intención de utilizarlo contra el adversario. Sería mucho mejor que se desvelara el diagnóstico correcto en el transcurso de la campaña electoral y produjera un esfuerzo común de toda la clase política dirigente. Algún indicio en este sentido es posible percibir ya en los programas de los dos principales partidos. Pero, por desgracia, estamos aún muy lejos de la regeneración democrática, una senda por la que marchan ya otros países de manera bien clara.